

número considerable de sus moradores a buscar otras tierras donde establecerse. Junto al factor negativo de la tierra, intervino asimismo el aspecto social. Cuando la sociedad griega pasó su organización agro-pecuaria inicial a la creación de las ciudades, muchos individuos quedaron fuera de juego, como es normal siempre que se producen grandes cambios sociales. Este tipo de colonización, en su sentido estricto, afectó, sobre todo las tierras del sur de Italia y de Sicilia, que a base de una serie de emigraciones llegaron a convertirse en un país propiamente griego, la Magna Grecia, en un fenómeno paralelo al que se ha producido en la Edad Moderna entre Europa y América.

Pero más hacia occidente la expansión griega tuvo un carácter diverso, en el fondo más complejo. Junto a algunos ensayos del mismo tipo, la acción helénica fue sobre todo un fenómeno de comercio marítimo, sin intervención de masas de emigrantes. Las fundaciones no pasaron, en general, de factorías comerciales, a veces de vida efímera, a la vez puntos de apoyo de las naves que se aventuraban hacia un mar lejano y hostil y al mismo tiempo mercados de intercambio de los productos exportados por los griegos con las mercancías que los indígenas podrían ofrecer. Solo en contados casos se llegó a la estabilización de grupos de emigrantes, convirtiendo las factorías iniciales en verdaderas ciudades, aunque en general modestas. Este parece ser el caso de las fundaciones griegas en la costa provenzal y catalana.

LAS COLONIAS GRIEGAS EN EL LITORAL PENINSULAR

A occidente de la Magna Grecia es posible delimitar tres áreas de acción griega, cada una con sus propias características. La zona del Estrecho de Gibraltar, la costa valenciana y la costa catalano-provenzal.

No parece dudoso que uno de los primeros objetivos helénicos en el extremo

occidente fue el control de los metales y a su vez apoderarse de la llave del Atlántico, lo que en parte era equivalente, ya que su dominio hubiera puesto en manos griegas a la vez los metales andaluces —de siempre famosos y codiciados— y la llave de la ruta atlántica del estaño. No conocemos bien este episodio, pero es evidente que en este caso los griegos perdieron la batalla. Antes ya los fenicios controlaban, desde sus bases de Cádiz y Lixus,



situadas simétricamente a cada lado de las costas atlánticas del Estrecho, el codiciado paso. De aquí que el ensayo de la factoría de Mainake (en la costa malagueña) fuera tan efímera que hasta ahora no ha dejado rastros arqueológicamente visibles.

Respecto del ensayo de penetración en la costa valenciana, bien poco sabemos por el momento. A nuestro juicio, sin embargo, es significativo el vacío en los hallazgos griegos que se señala en torno de las supuestas colonias de Hemeroscopeion, Alonis y otras menos renombradas que deben situarse entre el Júcar y el Segura. En efecto, se trata de una costa muy explorada no solo desde que se han organizado los modernos estudios de arqueología, sino ya desde que la erudición renacentista y ilustrada actuó sobre el país. Sin embargo hasta hoy nada se ha conseguido descubrir. Ni las colonias que más o menos vagamente se indican en algunas fuentes clásicas ni tampoco ningún vestigio que delate un comercio estable desde bases de tierra firme sólidamente implantadas. En otras ocasiones hemos manifestado nuestro acepticismo, posición que si no se ve compartida por ilustres maestros no por ello consideramos que debe ser abandonada.

En definitiva, pues, tal como hoy se puede estudiar con bases firmes, la acción griega al sur del Ampurdán parece haberse limitado a los contactos comerciales, desde naves que, con mayor o menor intensidad, frecuentarían la costa hispánica. Hasta el siglo V tal acción da la impresión de haber sido esporádica e incierta, después de los fracasos del momento del empuje inicial, en torno al siglo VI o VII. Desde luego cuando se precisa la hegemonia ateniense. a fines del siglo V, existe una verdadera invasión de los mercados del sur del Ebro por parte de la producción ateniense, que podemos seguir sobre todo a través de los hallazgos cerámicos. Pero tales descubrimientos, debidos a la perennidad de los productos alfareos, no ha de engañarnos. No debieron ser los únicos productos manufacturados que entraban masivamente a través del comercio marítimo helénico. Otras materias menos resistentes al paso del tiempo intervinieron sin duda en los intercambios. Pero siempre, como resultado de una acción comercial basada en un comercio marítimo que no tenía que pasar necesariamente a través de ciudades o factorías estables, fundadas por los griegos en las costas en cuestión. Comercio que podríamos poner en paralelo con el que se ha desarrollado con el Africa negra antes de la época colonial, del siglo XIX, pongamos por caso, y del que en vano buscarán los arqueólogos del futuro las ciudades coloniales costeras, caso que caigan en la tentación de imaginarlas existentes.



LAS COLONIAS GRIEGAS EN LA COSTA CATALANA

Caso distinto es el del litoral de Provenza y de Cataluña. Después de algunos ensayos realizados por los rodios, los focenses fundaron hacia el año 600 una verdadera colonia, Massalia (Marsella), establecida al parecer en función de la vía de penetración del Rodano. Pronto se convirtió en la ciudad griega más importante del área al oeste de la Magna Grecia. En torno a esta ciudad giraron, en su origen, una serie de otros establecimientos menores implantados a lo largo de la actual costa francesa. No parece dudoso que las colonias de la costa ampurdanesa hay que verlas en función de este mismo fenómeno, y que hemos de considerarlas, dentro del panorama general de los griegos en occidente, más ligados al círculo massaliota que no al de los ensayos de penetración hacia otros ámbitos peninsulares.

Hasta hace pocos años aparte de los textos clásicos solo contábamos con Emporion como base de estudio del impacto griego en nuestra costa. Caso único en los anales de la arqueología hispánica, Ampurias cuenta con medio siglo de excavación sistemática y aun quedando mucho por resolver podemos seguir las líneas generales de su evolución histórica y el posible valorar en grandes líneas lo que representó tanto en el fenómeno de la colonización griega y en tanto que puerta abierta a las influencias civilizadoras de cara a los indígenas. La fundación por los focenses poco después del año 600 liga a esta colonia con Massalia por la estirpe de sus creadores y por la fecha en que se implantaron.

Después de muchos años de comenzadas las excavaciones de Ampurias sin que para las posibilidades de conocimiento de los griegos en Cataluña se hubieran producido novedades espectaculares, los hallazgos de Ullastret y ahora de Rosas han venido a cambiar el panorama.

Ullastret fue la primera gran sorpresa. En principio las ruinas del importante centro de habitación fueron identificados como un poblado ibérico, es decir, indígena. Pero a medida que los trabajos de excavación han avanzado, realizados con empuje considerable por la Diputación de Gerona que ha desarrollado una labor digna de todo encomio, la filiación de Ullastret se ha convertido en un problema árduo. No se trata de un poblado corriente dentro del tipo de los que hoy conocemos como indigetes. Ni por su extensión, ni por el aspecto de sus impresionantes murallas, ni por la proporción de cerámica griega que aparece, muy superior a lo que se puede esperar en una localidad indígena. Aunque es prematuro decidirse antes de que la continuación de los trabajos de excavación aporten datos decisivos, la impresión que tenemos es que Ullastret pudo tener origen griego y que quizá sea prudente considerar la vieja ciudad como una fundación griega. La situación que representa puede, además, favorecer esta hipótesis. Y sin duda constituye una tentación para el investigador enlazar el hallazgo de Ullastret con el nombre de griego Sypsela que conocemos a través de la tradición escrita clásica. Pero no conviene precipitarse en favor de hipótesis seductoras hasta que se cuenten con más datos sólidos, ni es este el lugar ni el momento de plantear a fondo el apasionante problema de Ullastret. Simplemente, dentro de la panorámica de la historia de los griegos en estas tierras, hemos tenido interés en hacer constar el problema, que puede alterar la visión tradicional que reducía a dos ciudades las fundaciones helénicas en el litoral catalán.



El caso de Rhode es distinto. Como es diferente, también, del caso de las supuestas colonias griegas de la costa valenciana o andaluza. En efecto, aunque no se conocía el emplazamiento de Rhode hasta hace muy poco, nadie podía dudar de su existencia, ya que las emisiones monetales la atestiguaban sin lugar a dudas. Solo quedaba pendiente determinar el lugar exacto de las ruinas —que la tradición erudita situaba casi unánimemente en torno a Rosas, como se ha confirmado— y una vez localizada, plantear la posibilidad de excavaciones sistemáticas para desentrañar lo que los vestigios mismos puedan decirnos de su historia.

En esta fase, afortunadamente, estamos. Tenemos ahora abiertas grandes posibilidades, que en algún aspecto concreto y nada secundario han llegado en momento muy oportuno. Por ejemplo el problema de las navegaciones y exploraciones de los rodios, como precedente inmediato de la expansión focea. La tradición las señala, y el nombre de Rhode parece que debe vincularse a este fenómeno. Pero la falta de documentos arqueológicos hasta hace muy poco había provocado un cierto escepticismo. Recientes hallazgos en la costa francesa, en especial en Saint Blaise, han venido a demostrar que la antigua tradición poseía una base real. Veremos lo que las ruinas de Rosas pueden proporcionar en este sentido, que si se confirmaba contribuiría a explicar la presencia de dos colonias tan próximas entre sí como Emporion y Rhode, por el hecho de tener orígenes distintos foceo la primera, rodio la segunda.

Y no es esto solo. Muchos otros aspectos serán desvelados y la historia antigua de Occidente poseerá sin duda nuevos documentos. Todo ello sin olvidar la posibilidad de crear una nueva zona monumental, de extraordinario valor, sobre una costa que cuenta ya con tantos otros atractivos.

Todos confiamos que tantas esperanzas no se verán defraudadas, como podría suceder si se impusiera sobre el caso de las ruinas de Rosas una visión mezquina, sometida los pequeños intereses personales.

LA PLAZA FU

Si la ciudad griega y el monasterio medieval llamaron repetidamente la atención de historiadores y arqueólogos, parece increíble que un monumento mayor y que tan decididamente intervino en la conservación de los anteriores no haya sido objeto de interés más decidido. Me refiero al recinto fortificado de Rosas, el más importante de los construidos en la costa catalana en el siglo XVI que haya llegado hasta la presente centuria.

Después de un largo olvido, llama ahora la atención aunque en apariencia no para ser salvado sino para caer víctima de la codicia más ciega y peligrosa, que ha producido ya en el monumento gravísimos daños y destrucciones cuyo progreso conviene atajar con urgencia antes de que sea demasiado tarde.

Evoquemos por un momento la antigua ciudadela de Siena, cuyos baluartes, hoy ajardinados, son uno de los mejores lugares de reposo y esparcimiento de la ciudad toscana. O crucemos imaginariamente el Atlántico para llegar a Florida, donde el modesto castillo de San Marcos, construido por los españoles en el siglo XVIII, constituye sin duda la máxima atracción turística de la ciudad de San Agustín.

¿Cómo es posible que en la actual Costa Brava el magnífico monumento contemporáneo de Carlos V, de Felipe II y de las gestas marineras de Lepanto, pueda correr el riesgo de destrucción en menguado beneficio de unos pocos en lugar de poblarse de flores y jardines para ser a la vez lugar predilecto de esparcimiento y admirable receptáculo de las calles griegas y de los monumentos medievales que tan bien supo guardar desde su origen?

A mediados de mayo del año 1965, Barcelona y Mallorca albergaron por unos días una reunión del Consejo de Europa y de su Consejo de Cooperación Cultural, en la que gracias a la hospitalidad de la Dirección General de Bellas Artes y de otros altos organismos españoles se trató precisamente de la urgente e imperiosa necesidad de proteger los sitios y conjuntos de interés histórico.

